

La traducción como generadora de imágenes

Salvador Rueda

Anales de Tlatelolco (paleografía y traducción de Rafael Tena), México, Conaculta (Cien de México), 2004.

Al comienzo de su libro *Después de Babel*, sumergido en el flujo imparable del conocimiento, George Steiner se descubre en el momento mismo en el que las traducciones abrían el horizonte cultural del mundo contemporáneo a contrape-lo del parroquianismo al que sujetaban los idiomas nacionales hasta la apertura de Europa oriental. En su Prólogo a la tercera edición, Steiner afirmó que tanto “la filosofía como la práctica de la traducción se encuentran en constante debate y movimiento”.

Hacia otro territorio nos abre el “arte exacto” del traductor cuando se aventura por la paleografía y traslado de documentos antiguos. El suyo es un paisaje que tiene

como atractivo su distancia respecto a las literaturas vivas. A este territorio, el de los viejos escritos, poblado de especialistas pero también de curiosos del pasado, nos ha acostumbrado el conocido estudioso Rafael Tena en los últimos años; y al que ahora nos invita a través de los *Anales de Tlatelolco*, texto que ha dejado su signo dramático en el espíritu de quienes comenzamos a leer al mediodía del siglo XX. Y debo decir que un signo dramático que no pocas veces dio argumentos a cierto rostro de la identidad mexicana, en particular sobre la estatura épica de la historia de la Conquista, aquella historia que fue vista con los ojos de los indígenas vencidos y leídos en castellano como idioma nacional. Pero, ¿ha sido el texto mismo de los *Anales de Tlatelolco* o han sido sus traducciones la fuente de una conciencia moderna de la Conquista relatada como canto épico? ¿Una traducción actualizada puede abrirnos a otros

horizontes? Quisiera ensayar los caminos de una posible respuesta apoyándome en el libro que aquí se presenta y a la traducción de un hombre que fluye con los ritmos de cambio del conocimiento.

Esta versión de los *Anales de Tlatelolco* es la paleografía y traducción de dos manuscritos anónimos en náhuatl, redactados a manera de antología presumiblemente durante la primera mitad del siglo XVI —aceptando como muy temprana la fecha de 1528 que aparece en al inicio de la VI Sección del Manuscrito 22 bis y en la inscripción de la portada decimonónica de la Biblioteca Nacional de Francia—, cuya edición actual es de mano de Rafael Tena, de la Dirección de Etnohistoria del INAH, y con el respaldo editorial del Conaculta y su serie Cien de México.

Las noticias más certeras sobre este par de manuscritos están ligadas al drama que dio fama a la biografía de Boturini y a su tragedia

coleccionista al mediar el siglo XVIII. También a él puede deberse su nombre de *Unos Annales Históricos de la Nación Mexicana*, y la atribución de su temprana pero improbable fecha. Al comienzo de la sexta sección del llamado manuscrito 22 bis, según nos avisa Tena, se anotó que era copia de uno redactado anteriormente: “Este papel fue escrito hace ya mucho tiempo aquí en Tlatelolco, en el año de 1528, al poco tiempo de llegados los españoles”. Asimismo, en su Catálogo del *Museo histórico indiano*, el caballero Boturini describió el manuscrito como de “autores indios”:

[...] en papel indiano del tamaño casi de marca mayor y lengua náhuatl, encuadernados con cordeles de ixtle que se tejen con hilos sacados de las pencas del maguey, en 16 fojas útiles. Empieza desde la gentilidad y prosigue tocando algo de la Conquista, en cuyo tiempo debió morir el autor. Es pieza antigua y de mucha estimación.

En esto último, sin duda, Boturini juzgaba razonablemente; no así de la inverosímil fecha de muerte del autor del texto, apenas concluida la derrota de Tenochtitlan-Tlatelolco: imposible que fuera de mano indígena en la década de la Conquista; tampoco del padre Andrés de Olmos, uno de los primeros afamados nahuatlatos, quien llegaría apenas en ese 1528 con la barcada de don Juan de Zúñiga; ni de fray Pedro de Gante o el múltiple veces apócrifo fray Toribio de Benavente *Motolinía*, como se desprendería de la afirmación de Ángel María Garibay, quien su-

giere la primera redacción por 1524. Podría alegarse que es posible, aunque no probable, que el amanuense fuera algún otro franciscano desconocido, quien trasladó a escritura los relatos pictográficos y orales transmitidos por sus informantes, aunque el carácter mismo del documento dé pie a conjeturar que ninguno de ellos murió antes de 1528.

Curiosamente, sin embargo, en su *Historia de la literatura náhuatl* Ángel María Garibay acepta la antigüedad del texto escrito, y no sin entusiasmo le sirve de prueba de la existencia de un ánimo literario al modo clásico grecorromano. Debo adelantar una primera conclusión: yo creo que en la influencia clásica vista con ojos renacentistas de este texto Garibay no estaba tan desencaminado, aunque la edición de Tena apunte hacia otros rumbos, como veremos más adelante. El erudito Garibay asentó que:

La fecha de su redacción es seguramente el año de 1528: siete apenas de pasada la tormenta de la Conquista. El autor, anónimo hasta hoy, no estuvo sometido a la disciplina de los frailes, que queriéndolo, o sin quererlo, necesariamente habrían de imponer normas de la cultura occidental. [...]

Si se redactó la parte principal por el año de 1524, o si en todo caso los materiales copiados son anteriores al año 1528, para la parte más valiosa del Ms. Es evidente que tenemos una alfabetización de la historia genuina, tal y como se usaba en la época anterior a Cortés [...]. Puede, por tanto, ser un buen ejemplo de

cómo se mantenía entre los antiguos el hilo de los hechos consignados en forma imperecedera. Tan imperecedera como puede ser toda obra humana.

Al respecto, en su Presentación Rafael Tena anota, con la prudencia que lo caracteriza, sobre la antigüedad de ambos manuscritos:

Algunos arrepentimientos de la escritura que se advierten en el manuscrito 22 nos inducen a pensar que se trata de una copia; pero en tal caso, el amanuense pudo estar copiando de simples apuntes o borradores previos o de un texto ya definitivamente estructurado. Mas, aun tratándose de una copia, por ser en tal caso la más antigua, el manuscrito 22 seguiría haciendo para nosotros las veces del original.

La fecha de 1528 consignada en el encabezado de la sección VI se refiere exclusivamente a ésta y no al documento en su conjunto; pero tampoco resulta fácil aceptar una fecha tan temprana para un texto extenso en náhuatl dispuesto en escritura alfabética [...] Lo más probable es que, pocos años después de la conquista, uno o más testigos oculares, conocedores a la vez de la historia antigua, hayan registrado algunas noticias históricas que luego habrían de servir a los compiladores finales para redactar las varias secciones de los *Anales de Tlatelolco*, en sus dos versiones complementarias de los manuscritos 22 y 22 bis.

Atento a los pocos indicios que cargan los documentos, como el

tipo de amate y el estilo de la letra, Tena sugiere su factura hacia 1560, contemporánea a otros que considera del mismo tipo, como los *Anales de Cuauhtitlán*, la *Leyenda de los Soles*, o la también adivinada primera copia de la que derivó el más tardío documento mixto de pintura y escritura conocido como *Ordenaza del Señor Cuauhtémoc* (que inverosímilmente se había imaginado de 1523).

El contenido de los Manuscritos 22 y 22 bis descubre las variadas formas del recuerdo y los sentidos de la historia tanto de los sabios indígenas nahuas como del posible amanuense hispano. Pero quizás, más oscuramente, el oculto sentido de las traducciones y de su influencia en la visión del mundo de los lectores. Veamos ambos asuntos:

El *pathos* de la distancia echa a andar los distintos mecanismos de la reparación del pasado. Con todo, la memoria es un instrumento maravilloso pero falaz, según advirtió alguna ocasión el memorioso Primo Levi. La sucesión de acontecimientos que alimentan la memoria siempre está llena de interpretaciones, invenciones, ausencias, suposiciones y olvidos que se superponen a las imágenes atestiguadas. Su eficacia se apoya más en la verosimilitud de la construcción narrativa que en la exactitud factual. Esta regla general se puede ajustar al de por sí magro conocimiento moderno de los sucesos de la Conquista desde la perspectiva de los pueblos derrotados. Un ejemplo, entre muchos, de esa mixtura de realidad e interpretación lo proporciona la mirada tlatelolca de estos *Anales* sobre el capítulo final de la biografía de Cuauhtémoc, en febrero de

1525. De acuerdo con el relato del manuscrito, Cuauhtémoc —tlatelolca de nacimiento— no sabía del propósito de la expedición de Cortés a las Hibueras. De hecho, imaginaba otro derrotero. En el transcurso de un suceso que más parecía seguir el protocolo prehispánico de visita a regiones dominadas por los mexicas que una simple elaboración imaginaria de hechos no atestiguados, mandó decir a los señores de Acallan, gobernantes del litoral del Golfo, que iban en calidad de cautivos rumbo a Castilla “a saludar al gran teul emperador” en un viaje del que presumían no tendría regreso. Los acalantecas —o acaltecas, según la versión de Tena— contestaron con comedimiento y un recato que trasluce normas pactadas, y los recibieron con bien elaborados discursos, abanicos de plumas de quetzal, ornamentos de oyamel, una tilma y sandalias de turquesa, oro y jades, y una diadema señorial como inequívoco signo de aceptación de su condición de vasallos. Cuauhtémoc los arengó para que no descuidaran a sus gobernados —“la cola y el ala”—, el pueblo pensado como partes del cuerpo social detrás de una metáfora que hacía de la sociedad similar a la exactitud de un ave. Una danza marcada por los teponaztles sellaba el protocolo, según el relato de estos *Anales* tlatelolcas, a pesar de que otras fuentes —en este caso españolas— dejan entrever que Cuauhtémoc no podría danzar luego de quedar inválido después de que le quemaran los pies, y que como consecuencia de la tortura tuvo que ser llevado siempre en andas. La narración tlatelolca marca con la frialdad del

guerrero vencido el clímax dramático con la aparición de un deforme traidor tenochca: fue Mexícatl, un “enano de rollisas pantorrillas”, quien sembró la sospecha en la señora Malintzin, vehículo nada ingenuo de los temores de Cortés. Prendieron a Cuauhtémoc y a otros señores durante la comida y, sin más, “les echaron una soga al cuello “como si fueran perros”, y fueron colgados de una ceiba —asunto que una tríada de códices confirma pictóricamente. Esto sería el martes de carnaval de 1525.

El relato en los *Anales* de la ejecución de Cuauhtémoc y sus acompañantes no buscó conmover ni terminó con una sentencia moral, como sí puede adivinarse del relato también memorizado del español Bernal Díaz —en el que se echaba en cara de Cortés su reprochable conducta en este suceso—; otro era el sentido de la historia. Como en otros pasajes del texto, tan sólo marcó la distancia entre los tenochcas y los tlatelolcas, en demérito de la valentía y honradez de los primeros.

En conjunto, estos manuscritos nahuas reflejan las extrañas formas de la memoria de una cultura que desaparecía. Como narraciones, tenían el propósito de mantener el recuerdo histórico a modo de cuadros impresionistas: lo mismo fatigan genealogías elaboradas a la manera de desfile ordenado de alianzas matrimoniales y sucesiones de linajes que avanzan en el tiempo con botas de siete leguas, con hambrunas, enfermedades y conquistas como referencias cronológicas precisas y con ritos y conflictos de raíz cosmogónica como referencias cronológicas rituales,

que se demoran en la explicación detallada de acontecimientos puntuales, cargados de palabras precisas, gestos y ademanes capturados en el instante.

Así, por ejemplo, se corre velozmente en las sucesiones dinásticas de tepanecas y mexicas, estos últimos durante la peregrinación; se detiene, como acto reflejo de lo que el autor consideraba relevante, en acontecimientos portentosos que repiten ritualmente —o inventan y entrelazan con la historia— el mito de origen. Tal sucede con la imprevista aparición de Cópil, la estrategia de su captura por parte de los caudillos mexicas y su sacrificio, en la que la descripción de lugares y de conductas llaman menos a la ubicación geográfica de los actores históricos o a sus decisiones momentáneas, que a la reiteración de acontecimientos míticos en el universo del pensamiento religioso. O con la persecución y muerte de los mexicas en Chapultepec, pasaje donde las necesidades rituales del sacrificio dominan la voluntad de las víctimas, alguna de las cuales —“la mujer que iba con Huitzilíhuítl”— exige incluso su propia muerte —“quiere la tiza y las plumas”— antes de quebrantar las normas religiosas. O con la incansable animadversión de los culhuacanos, siempre sorprendidos por las reacciones imprevisibles y sin duda bizarras de los mexicas, a las que responden con exigencias tributarias en tono maravillado y temeroso, en uno de los pocos episodios de todo el manuscrito en los que interviene el dios Huitzilopochtli; o con la guerra contra los xochimilcas, que termina con una

eficaz y tremenda manera de contar a los derrotados, reducidos a una colección de orejas cortadas; o contra los tepanecas, que se resuelve de un plumazo con la simple enunciación de la muerte de Maxtlaton; y aún la fratricida de tenochcas y tlaltelolcas, que esconde su dolor de conflicto entre hermanos y el quebranto de las reglas del parentesco detrás de la exaltación de las mujeres guerreras que toman cautivos.

El manuscrito termina con el relato de la guerra de Conquista española. Su tono es frío, para usar el calificativo de Garibay, sin discursos glorificadores y menos aún justificadores de la nueva condición de vasallos del rey de España, como se verían en las crónicas indígenas de la generación siguiente, las de Chimalpain, Alva Ixtilxóchitl, Alvarado Tezozomoc o Muñoz Camargo. Incluso la tristeza es descrita de manera escueta —como aquel pasaje que sigue a la persecución y muerte en Chapultepec, antes de la fundación de Tenochtitlan, en el que se relatan las penurias de los macehuales escondidos entre las cañas con el agua hasta la cintura.

Y aquí quisiera demorarme en una reflexión, a título personal. Toca, por entero, a las distintas traducciones del paisaje después de la batalla final, la de la Conquista y destrucción de la ciudad de México-Tenochtitlan, del estado de ánimo de los derrotados, y a las diferentes relaciones de sentido que derivan de la estructuración del relato —y, por tanto, a las reacciones que esos sentidos provocan y han provocado entre los lectores. Garibay tradujo en tonos épicos la construcción del contexto y la cir-

cunstancia que rodeó el suceso militar:

Todo esto pasó con nosotros. Nosotros lo vimos, nosotros lo admiramos. Con suerte lamentosa nos vimos angustiados. En los caminos yacen dardos rotos, los cabellos están esparcidos. Destechadas están las casas, enrojecidos tienen sus muros. Gusanos pululan por calles y plazas, y en las paredes están salpicados los sesos. Rojas están las aguas, están como teñidas, y cuando las bebimos, es como si hubiéramos bebido agua de salitre. Golpeábamos en tanto los muros de adobe, y era nuestra herencia una red de agujeros. En los escudos fue su resguardo: ¡pero ni con escudos puede ser sostenida su soledad! Hemos comido palos de eritrina, hemos masticado grama salitrosa, piedras de adobe, lagartijas, ratones, tierra en polvo, gusanos [...]

Por su parte, Tena nos propone esta descripción del Manuscrito 22:

Esto fue lo que nos sucedió, lo que vimos, lo que nos causó asombro, tristeza y llanto, lo que padecemos. Tuvimos que beber agua salitrosa, y un adobe desgastado sobre el pozo nos parecía algo que debíamos defender con los escudos. Si alguien se preparaba un bocado, [también] tenía que defenderlo. Nos alimentamos con ramas de colorín, zacate salitroso, adobes, lagartijas, ratones y hierbas [...]

Una inserción a pie de página del mismo Tena nos ofrece la traducción del Manuscrito 22 bis de este pasaje:

[Esto fue lo que nos sucedió, (al margen: “Esto escribió el que lo vio”) lo que vimos, lo que nos causó asombro, tristeza y llanto, lo que padecemos] Por los caminos hay huesos rotos, cabellos esparcidos, casas destechadas, [paredes] teñidas de [sangres]; pululan los gusanos en las calles, y por las paredes resbalan los sesos. El agua está enrojecida, como si la hubieran teñido; así la bebimos, tuvimos que beber [...]

Dos traducciones cuyas diferencias son de fondo. Ambas, creo yo, descubren a los traductores y su idea del pasado. Por una parte, Ángel María Garibay ubica el peso literario de los *Anales de Tlatelolco* en la óptica de la lírica y de la épica. En este sentido, tal vez un poco abusivamente de mi parte, podría aplicarse su apreciación de un pasaje particular —la contienda contra Culhuacán— a la generalidad del relato o relatos que dan cuerpo a este manuscrito. Escribió que:

El conjunto, en su salvaje rudeza, no deja de tener una doble calidad: guarda la memoria de un hecho real y da la sensación de que, quien lo relata, tiene la capacidad de elegir lo más impresionante y dejar plasmado el momento de la emoción. No sólo el dato, sino también la sentimental consecuencia. Aquí, de valentía, de ferocidad y de estoica grandeza.

Garibay tiene razón cuando afirma que el relato, o más bien debió decir que su traducción, rayaba en la épica. El efecto fue de sentido. Durante dos o tres generaciones, en el último tramo del siglo XX los lectores de este pasaje de los *Anales* imaginamos el canto desesperanzado de un testigo de la muerte de una cultura, y lo llevamos dentro a manera de antiguo talismán que hace entrañable nuestro pasado indígena. Para Garibay, el autor anónimo de los *Anales* cantó, no narró.

Tena, por su lado, ofrece una versión sin duda más seca, dura, sin ánimos poéticos, más parecida al relato de un guerrero vencido que da testimonio del quebranto de su visión del mundo que al de un *tlatatinime* de talentos poéticos que se pinta como sobreviviente del horror bélico; relato sólido, de tristeza contenida. No estalla en sentimientos, sino los dibuja a la distancia de quien vivió, participó y aceptó como destino el epílogo de su historia anterior y el inicio de la nueva circunstancia. Garibay inscribió el pasaje en la literatura épica universal, a la manera de los lamentos de Jeremías; Tena lo inscribe en la historiografía, a la manera de Jenofonte y su *Anábasis*, dándole un estilo narrativo igualmente de corte clásico, pero que perfila la tensión psicológica y la dignidad individual de un guerrero al que no se le pide otra cosa que ser un guerrero —para robar una idea de Italo Calvino.

Y quizás en este punto radique la importancia de la traducción que hoy Rafael Tena pone ante no-

sotros, ante quienes ya traemos impresa la huella de viejas lecturas fragmentarias del mismo manuscrito. Es el relato memorado de una historia difícil, como todas las historias, a veces descarnada de la idea de justicia, sin la idea de némesis aunque no de la venganza, ajena a cualquier forma que puedan asumir los actos de fe. Tena ofrece su versión del teatro de una aventura humana en la que el anónimo autor se dibuja, precisamente, en su proporción humana.

“El trauma de la Conquista” fue el subtítulo que Garibay dio al segundo volumen de su *Historia de la literatura náhuatl*; tal vez sin proponérselo, el sabio polígrafo construía un ambiente cargado de tristeza como destino de los pueblos indios a lo largo de dos siglos y medio, inmediatamente después de la caída de Tenochtitlan hasta el reinado de Carlos III —cuando el náhuatl dejó de escribirse en documentos oficiales y de imprimirse: trauma que las letras pueden seguir de 1521 a 1750. El dramatismo se descubre desde las primeras líneas: “Tiembla la voz de los cronistas indios con emoción al consignar la ruina de su nación y de su vida social [...]” Un aliento de las lamentaciones jeremíacas pasa por la pluma del anónimo historiador tlazolca: “Se nos puso precio; hubo precio para el joven, para el sacerdote, para la doncella, para el niño. ¡Basta! Hubo precio del mismo miserable del pueblo bajo: ¡dos puñados de maíz, diez tortas de moscos, veinte tortas de grama salitrosa: ¡ese fue nuestro precio!” (Garibay, t. II, p. 7).

Para Garibay, el trauma dibujado en los relatos fue obra conjunta de

cronistas indígenas y españoles: “Contestes están los historiadores, lo mismo españoles que indios, en que aquel día infausto de 13 de agosto de 1521, en que la ‘Mexicanidad’ [*Mexicáyotl*] sucumbió, hubo una tormenta aterradora sobre la Tenochtitlan sumergida en el humoso fango de su ruina. ‘Llovió sobre nosotros’, dirá el cronista tlatelolca; y con el dramático sentido de la historia humana, dolorida, pero serena, dirá el inimitable Bernal Díaz del Castillo: Llovió y relampagueó y tronó aquella tarde, y hasta media noche [hubo] mucho más agua que otras veces” (*ibidem*, p. 7).

Pero sería un error que pensáramos que se trataba de coincidencias en dos tradiciones literarias e historiográficas diferentes; el *epos* que es el denominador común tendría en realidad un solo origen, el de la tradición de la escritura y la memoria occidental, que al mediar el siglo XX encontraron un traductor-lector que conectó en una operación intelectual.

Pocos años después, en 1961, Miguel León-Portilla, discípulo de Garibay, en su ya clásico libro *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares* difundiría la versión poética del anónimo cantor de la Conquista que vio el polígrafo. Y León le otorgó una dimensión aún más influyente: su libro, extensamente leído —y lectura obligatoria entre los estudiantes de nivel preparatoria hacia el final de la década de los sesenta— ubica los pasajes trágicos de los *Anales de Tlatelolco* en el cierre de la grandeza civilizatoria: es el punto climático de una cultura que toca la cumbre de la sofisticación estética y costumbrista, y del sangriento mis-

ticismo guerrero (a la manera de la misteriosa, al tiempo refinada y bárbara Cartago), y al comienzo del rápido derrumbe. El final del capítulo III, *Los cien años del pueblo del sol*, resume la intención de imaginar el sentido trágico de la historia, lleno de vergüenza y dignidad: “La rendición misma del joven príncipe Cuauhtémoc es el símbolo de la derrota de un pueblo extraordinario que, cautivado por el hechizo mágico de sus flores y cantos, no pudo luchar con armas iguales, al verse atacado por quienes poseían una técnica superior en el arte de destruir ciudades y hombres. El documento indígena escrito en 1528, que se conoce como *Anales de Tlatelolco*, ofrece el dramático final del pueblo del Sol. Sus cien años de gloria habían terminado:

Este fue el modo como feneció el Mexicano, el Tlatelolca. Dejó abandonada su ciudad. Allí en Amáxac fue donde estuvimos todos. Y ya no teníamos escudos, ya no teníamos macanas, y nada teníamos que comer, ya nada comimos. Y toda la noche llovió sobre nosotros.

Ahora bien, cuando salieron del agua ya van Coyohuehuetzin, Tempantemoctzin, Temilotzin y Cuauhtemoctzin. Llevaron a Cuauhtémoc a donde estaba el capitán, y don Pedro de Alvarado y doña Malintzin.

Y cuando aquellos fueron hechos prisioneros, fue cuando comenzó a salir la gente del pueblo a ver dónde iba a establecerse. Y al salir iban con andrajos, y las mujercitas llevaban las carnes de la cadera casi desnudas. Y por todos lados hacen rebusca los cristianos. Les abren las fal-

das, por todos lados les pasan la mano, por sus orejas, por sus senos, por sus cabellos.

Y ésta fue la manera como salió el pueblo: por todos los rumbos se esparció; por los pueblos vecinos, se fue a meter a los rincones, a las orillas de las casas de los extraños.

En un año 3-Casa (1521), fue conquistada la ciudad. La fecha en que nos esparcimos fue en Tlaxochimaco, un día uno Serpiente [...]

El que era gran capitán, el que era gran varón sólo por allá va saliendo y no lleva sino andrajos. De modo igual, las mujeres, solamente llevaban en sus cabezas trapos viejos, y con piezas de varios colores habían hecho sus camisas.

“Un canto triste”, obra de un *cuicapicqui*, o poeta náhuatl, que logró sobrevivir, sintetiza en cuatro versos la desgracia del pueblo cuyo misticismo guerrero había hecho de él el antiguo señor de México. El sino fatal se había cumplido. Para el mundo náhuatl había llegado el final de esa “quinta edad o Sol en que se vive”. Los tesoros de oro y plata, las obras de jade, los libros de pinturas, los plumajes de quetzal, los palacios y templos y, en una palabra, todas sus “flores y cantos” habían sido arrebatados o destruidos para siempre:

Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe,
y era nuestra herencia una red de agujeros.
Con los escudos fue su resguardo,
pero ni con escudos pudo ser sostenida su soledad.